

**Autor: Santiago MARTÍN, sacerdote FM**

En periodismo se dice que no es noticia que un perro muerda a un hombre, sino que un hombre muerda a un perro. No es noticia que amanezca todos los días y sería una terrible noticia que un día no amaneciera. Es decir, la noticia es lo extraño, lo que se sale fuera de lo normal. Eso es así, nos guste o no. Pero el que sea así no significa que sea inocuo, pues como consecuencia podemos llegar a pensar que todo va mal, a base de estar informados sólo de lo que va mal. Tampoco lo contrario sería bueno, pues ignorar lo que va mal es la política del avestruz que sólo sirve para que el león se acerque a ella y se la coma, cuando podía haberse escapado con una veloz carrera.

Esto que digo sirve para todo y para todos, también para lo concerniente a la Iglesia. Hay muchas, muchísimas cosas que van bien, gracias a Dios. Religiosos y sacerdotes que son fieles a su vocación, obispos entregados a su pueblo, esposos que luchan por mantener su matrimonio y por educar cristianamente a sus hijos, jóvenes que dan testimonio de su fe en un medio cada vez más hostil. Hay también algunas cosas que van mal e incluso que van muy mal. Analizar éstas no debe impedirnos ver las otras y, aunque no las recordemos porque no son “noticia” -en el sentido periodístico del término- eso no significa que no estén ahí y que sean, incluso, mucho más numerosas.

Pero las otras, las que nos suscitan preocupación, también están. Hoy quiero referirme a tres de ellas. La primera es la fuerte presión que está recibiendo la Iglesia para que claudique en su oposición al aborto, a la eutanasia y a la ideología de género; esta presión -a la que me referí la semana pasada identificándola con un nuevo malthusianismo- está avalada por supuestos datos científicos, según los cuales la humanidad es la enemiga del planeta y hay que reducir su número si se quiere salvar la tierra y, en definitiva, si se quiere salvar a la propia humanidad; el ser humano es el enemigo a batir y para empezar hay que acabar con los que menos pueden protestar, los débiles: bebés no nacidos, ancianos y enfermos; si eso no fuera suficiente, seguramente se ampliaría la lista a los mendigos y a los pobres -a base, por ejemplo, de hacer accesible sólo a los ricos algunos recursos sanitarios-, o se aprobarían leyes para controlar el número de hijos que una pareja podría tener. Ante esto, la Iglesia se mantiene firme, aunque no le está resultando fácil ni gratis. Muchos de los escándalos que se airean pueden estar relacionados con la voluntad por parte de los amos del mundo de quebrar esa resistencia, o al menos de quitarle a la Iglesia prestigio para que no influya en la sociedad.

En segundo lugar, está el problema interno de la confusión en torno al dogma y a la moral. Dos ejemplos que apuntan en la misma dirección. La Comisión de Familia de la Conferencia Episcopal alemana, en el contexto del Sínodo de ese país, ha publicado una nota en la que se declara que, en función de datos científicos -siempre la ciencia como argumento de autoridad indiscutible- la homosexualidad debe ser considerada normal y por lo tanto la Iglesia tiene que cambiar su código ético para dejar de considerar un pecado el ejercicio de la misma. Exactamente lo mismo se está enseñando en la Facultad de Teología del Norte de Italia, una de las más influyentes en la formación de los futuros sacerdotes italianos. La mayoría de los obispos alemanes quieren que el ejercicio de la homosexualidad no sea pecado y que se considere pecado venial las relaciones sexuales fuera del matrimonio si las parejas son estables. Eso, para empezar, porque luego pedirán más. Y si no se lo dan, ya han dicho que se marchan y se llevan la bolsa.

Ante esto se produce la reacción y ahí nos encontramos con el tercer motivo de preocupación. La Iglesia está cada vez más polarizada. Unos no se han movido de donde estaban, pero como los otros se alejan rápidamente de las posiciones tradicionales, la distancia entre ambos crece cada día. Y lo que es peor, y esto sirve para militantes de ambos extremos, crece también la violencia que de momento es sólo verbal. Los insultos de unos contra otros van a más y aunque sólo es un sector el que amenaza y persigue, porque tiene el poder, en el otro algunos reaccionan con una virulencia cada vez más grande. Sobre todo los que valientemente defienden la fe verdadera, no deberían olvidar que la fe sin obras es una fe muerta y que la principal virtud, la que nunca pasará, es la caridad. El odio y los insultos empañan la causa que se defiende, por noble que sea, y los energúmenos son sus mayores enemigos. ¿Qué Iglesia nueva quieren construir unos a base de amenazas y persecuciones y qué Iglesia de siempre quieren defender otros recurriendo a las más vulgares descalificaciones?

Pero, ante todas estas cosas que me preocupan, recuerdo el consejo de Santa Teresa: “Nada te turbe, nada te espante, sólo Dios basta”. Y, cómo no, las palabras de la Virgen de Guadalupe a San Juan Diego: “¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás por ventura en mi regazo?” “Omnia vincit amor”, “todo lo vence el amor”. No lo olvidemos.